

### COMO ÁNGELES, COMO BUHOS...<sup>83</sup>

Me acontece a veces cometer “gaffes”, de las gordas, de las que por otra parte no me queda ningún remordimiento. Estaba predicando en un monasterio benedictino muy famoso. Una mañana tuve la osadía de decir a todos los monjes revestidos con sus majestuosas cogullas: “Mis queridos Padres, si no os hacéis como búhos no entraréis en el Reino de los Cielos”. Silencio grave, estupor, y de repente en algunos rostros una luz, una sonrisa jovial que significaba: “¡Entiendo!”.

Siempre me gustaron los búhos y los mochuelos, y me pregunto por qué se los considera pájaros de mal agüero. Es cierto que sus gritos nocturnos, algunas veces trágicos, nos hacen estremecer cuando nos encontramos solos, en la oscuridad. Se necesita quizás tiempo, paciencia; es necesario que nosotros mismos nos volvamos búhos para comprender y no tener más miedo..

Me gustan los búhos a causa de sus ojos. ¡Ah! ¡Esos ojos enormes, ojos de íconos! A los bizantinos posiblemente les gustaban las aves nocturnas. Esos ojos se transformaron en los de Cristo, los de la *Theotokos*, los de los Ángeles y los Santos. ¿Es esto una blasfemia? Ni pensarlo. ¿No veis, oh doctos, no veis, oh gente sensata de ojos cansados, hombres y mujeres de ojos pequeños, estrechos, semi cerrados, que Dios ha hecho tan enormes los ojos de los búhos porque ellos debían ser las aves de la Noche, en la cual las cosas son lo que son? Ciertamente, para escudriñar la noche es preciso tener ojos verdaderamente descomunales, los ojos de Dios. Entonces la noche deviene luz. Recordad: “*Et nox illuminatio mea in deliciis meis*”. Es el salmo 138 en honor del conocimiento de Dios que escruta los corazones nocturnos de los hombres:

“¿A dónde iré lejos de tu aliento,  
a dónde escaparé de tu mirada?  
Si escalo el cielo, allí estas tú;  
si me acuesto en el abismo, allí te encuentro...  
Si digo: ‘Que al menos la tiniebla me encubra,  
que la luz se haga noche en torno a mí’,  
ni la tiniebla es oscura para ti,  
la noche es clara como el día”.

¡Los ojos enormes de Dios! Tan enormes que un día alguien dijo: El se llama “Ojo”, “Theos”, “El que ve”, y se asombra y se maravilla.

Es por eso que en una ocasión mi amigo Besarión dijo: “¿Qué es un hombre de Dios? ¿Un asceta, un penitente, un salvaje, un observante descalzo? ¡No, ciertamente! Sino sólo esto: es todo ojos, como los querubines y los serafines, como Dios” (Apotegma). En mis innumerables peregrinaciones a través del mundo, me encontré con algunas de estas personas. ¿Su rostro? ¡Las piscinas de Hesebón! Muchos viven en el desierto fascinados por la noche de Dios, y de los seres y de las cosas. Sus ojos se han ido transformando poco a poco y su oído se ha vuelto cada vez más atento. Y Dios se les ha revelado, y también la tierra les ha dicho su nombre y su rostro se volvió muy bello, muy jovial; excepto algunas veces, porque en la noche la tragedia y la desesperación son verdaderamente tragedia y desesperación.

Otros viven en el mundo; porque todo hombre y toda mujer están llamados al conocimiento y a la admiración. ¡Reflexionad! “Luego plantó Yahvé Dios un jardín en el Edén, al oriente, donde

---

<sup>83</sup> De *Monástica*, año XVII, Nº 2. Tradujo Hna. M. Yvette Aguerre, osb. Abadía de Santa Escolástica.

colocó al hombre que había formado... Tomó, pues, Yahvé Dios al hombre y le dejó en el jardín del Edén para que lo labrase y cuidase... Yahvé Dios formó una mujer y se la presentó al hombre. Entonces éste exclamó: ‘Esta vez sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne’... Estaban ambos desnudos, el hombre y su mujer, pero no se avergonzaban uno del otro” (Gn 2,8-15. 23-25). Pero luego viene la dolorosa historia y “se les abrieron a entrambos los ojos, y se dieron cuenta de que estaban desnudos; y cosiendo hojas de higuera se hicieron unos ceñidores” (Gn 3,7). ¡Qué ironía! “Se les abrieron los ojos...”. ¡No, no! En realidad se les cerraron a la verdad, a la belleza, al Ser y por lo tanto, a la admiración, a la risa y a las lágrimas. ¡Qué triste noche en pleno día! La ceguera se apodera de la humanidad. *¡Erat autem nox!*

Sin embargo, felizmente la naturaleza no pierde tan fácilmente sus derechos, y sobre todo no pierde la gracia. Y Dios a través de los siglos no ha cesado de invitar al hombre y a la mujer a que recobren la vista, a que se arranquen, no tanto sus “ceñidores” sino aquel velo que desde entonces les esconde la verdadera luz. Ahora bien, cuando vino a devolver la vista a los ciegos, nos envió a nosotros, ciegos de nacimiento, a lavarnos a la Piscina. Y muchos han creído, han caminado y han visto. ¡Todos esos seres fascinados de la historia de los hombres, verdaderos búhos, verdaderos mochuelos!

¡Y la plenitud de los tiempos reúne tan gran multitud de personas extasiadas, comenzando por el Hijo del Hombre y la Señora de los grandes ojos, María de Nazaret, junto con todos los amigos de Dios, los santos, los “contemplativos”, como se los suele denominar!...

Es una lástima que generalmente los pájaros nocturnos no sean muy apreciados, simplemente porque ven en la noche. Son como Dios. Entonces cantan a gritos o bien lloran a lágrima viva. Recordemos a Francisco, el embelesado. Esto no les agrada a las personas razonables, ni a los tecnócratas, ni a los plutócratas, ni a los aristócratas, ni a los “reglócratas”... Recuerdo aquel niño en el parque Monceau que a mi lado y como yo, contemplaba las magníficas evoluciones de los cisnes en el lago. Su madre, su pobre madre fastidiada, sin más lo tomó del brazo: “ ¡Ven aquí, tonto! Se diría que nunca has visto nada...”. ¡Ah! ¡Qué triste espectáculo! “Enseñamos a nuestros niños cómo calcular y cómo pesar. Pero ya no les decimos más cómo deben mirar, admirar, temer y adorar”. Es una verdadera lástima no saber ya perder el tiempo para mirar una puesta de sol, para escuchar el mar, para callar junto al ser amado, para oler una rosa, para llorar sus propios pecados, para llorar porque el Amor no es amado. El universo pasa inadvertido y el mismo Dios pasa inadvertido. Miramos sin mirar, porque el conocimiento diurno tiene poco valor. Es la noche la que revela el Ser de Dios, el ser de las cosas. Los seres son solamente apariencia, exterioridad. En ellos hay una vida interior, un rostro de gloria, un rostro de miseria, pero siempre será menester romper los cántaros como Gedeón para que finalmente resplandezca la llama.

La admiración se aprende y se vuelve a aprender. Se educa desde la infancia. Es tan simple, por otra parte, a esa edad cuando uno es todavía muy pequeño y no tiene vergüenza, cuando uno es tan curioso, inquieto y libre. Libre sin ficciones, sin cumplimientos y sin protocolos. Uno se transforma en seguida en “alguien” que tiene vergüenza de reconocer su pequeñez, de alzar las manos, de interrogar, de llamar a la puerta, de escrutar, en “alguien” que tiene además su modo de actuar bueno o malo y que se deja engañar por las apariencias y sólo cuenta con el sol. “ ¡Oh, tú sin el cual las cosas no serían lo que son! “.

¡Ah! Si supierais qué pequeños son los búhos, y si los vieseis escrutar silenciosamente con sus ojos tan profundos, la noche, la noche de las cosas, la noche de Dios, la Tiniebla, la nube de lo Desconocido! Pero ¿quién aceptará detenerse, hacerse pequeño, permanecer a la espera, hasta que se levante la aurora, hasta que se haga sentir la sinfonía con frecuencia patética de las cosas?

Hay poetas que lo intentan, algunos que se han conservado niños, algunos monjes y monjas (pocos ¡desgraciadamente muy pocos!) que han aceptado el desierto y a quienes hallamos con

rostros a veces jubilosos, a veces inundados de lágrimas. Porque la admiración no consiste únicamente en la risa o en los cantos. ¡Es también ciertamente comunión con el desaliento y el pecado! “¡Pobrecito, ese no ama!”.

Frecuentemente me digo: estamos medio dormidos. Cantamos un poco, lloramos un poco, miramos el reloj... apenas lo necesario para comportarnos como hombres y como cristianos. Pero ¡y la gran alegría... el gran dolor... la Fiesta de Dios... la tragedia de los hombres!

¡Ah! ¡Si no te haces como un búho, no entrarás nunca en el Reino!...